

APUNTES NECROLÓGICOS



EL M. R. P. FRAY JOSÉ DE LERCHUNDI

Prefecto Apostólico en Marruecos

AL ILUSTRE AYUNTAMIENTO DE LA N. Y L. VILLA REAL DE SAN NICOLAS DE ORIO

«No somos sino lo que somos ante Dios
y nada absolutamente más.»

SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Nada hay imposible para la Divina Providencia, pero humanamente pensando podemos asegurar que será muy difícil para España y la Ilustre Orden Seráfica reemplazar esa hermosa figura del humilde franciscano el M. R. P. Fray José de Lerchundi, sabio arabista y eximio diplomático, gloria universal, de la que tan legítimamente pueden enorgullecerse la noble nación española, nuestra querida Guipúzcoa y la villa real de San Nicolás de Orio, cuna de aquel insigne varón.

Mucho y bueno se ha escrito, en la prensa española y extranjera, por plumas mejor cortadas que las nuestras, sobre los importantísimos servicios prestados por el finado á su patria y á la humanidad; y entre las publicaciones que más se han distinguido, merecen citarse *La Ilustración Española y Americana*, *El Eco Franciscano* y *La Epoca*.

Nuestra labor, dentro de su modestia, tiene principalmente otro carácter: el de la intimidad, fruto de las noticias que nos ha facilitado la familia del ilustre difunto, de la documentación inédita que poseemos, de otros detalles que hemos podido adquirir en cariñosa visita

hecha á Orio y de la sincera amistad que nos unía al finado, cuya figura es de esas pocas á las que el transcurso del tiempo da mayor relieve.

Nació en Orio el día 24 de Febrero de 1836, á las nueve y media de la noche, en el piso primero de la casa que hoy lleva el número 5 de la calle de San Juan, de sabor verdaderamente arcáico por sus construcciones de los siglos XV y XVI y vestigios del XIV.

Esta casa, que en combinación con otros detalles aparece en el dibujo que antecede, fué reformada hace 36 años, por lo cual ha perdido su fisonomía típica de la arquitectura de los postreros años de la época medioeval en lucha con el pujante Renacimiento, y consta hoy de piso bajo, principal y desvan, asemejándose mucho antes, según testimonio de personas ancianas, á su inmediata de la derecha.

Siempre perteneció á la familia, y en el día es propiedad de la respetable y virtuosa señora D.^a Paula de Lerchundi, tía del humilde franciscano.

Dicha casa, es conocida por la de *Mikela-chikienea* (morada de Micaelita), en tanto que la contigua, número 7, á su derecha (mirando de frente), es denominada de *Perochuenea*, y también de *Lerchundi-enea*, casa que conserva todo su aspecto de fines de la Edad Media, principios del Renacimiento, y es también propiedad de la familia de Lerchundi.

Por estas razones, nos inclinamos á creer que el verdadero solar es el número 7, si bien el primitivo origen del apellido de Lerchundi procede de Aya.

El escudo del dintel de la puerta, que es una corona de laurel bordeando al monograma de N. S. J. indica por el trazado y gusto la época del Emperador Carlos V, mientras que los pequeños estribos voladizos y otros detalles arquitectónicos señalan una época anterior.

Fué bautizado con los nombres de José Antonio Ramón al día siguiente, 25, por el señor presbítero beneficiado D. Lorenzo Antonio de Azcue, siendo cura párroco á la sazón D. Ignacio María de Ardenales.

Citamos todos estos detalles porque son inéditos y están sacados del archivo parroquial, que detenidamente pudimos examinar, gracias á la amabilidad del párroco D. Juan Antonio de Macazaga, que tanto y tan paternalmente quería al luego R. P. Prefecto apostólico en Ma-

ruecos, pues aparte del afecto y simpatías que le unían con su familia, el niño Lerchundi fué en su tierna edad monaguillo y discípulo de latinidad y solfeo del Sr. Macazaga.

Esto mismo declaraba el R. P. Lerchundi, desde Tánger, en una carta que tenemos á la vista y que con fecha 19 de Septiembre de 1893 dirigió al Excmo. Sr. Duque de Medina-Sidonia, y en la cual, al pedir una audiencia á S. M., decía al Mayordomo mayor de la Reina Regente, refiriéndose á las obras de la barra del Oria: «.....El dador es un venerable sacerdote, vicario de la villa de Orio, mi maestro de la infancia, á quien amo entrañablemente y deseo servir.»

Y como detalle típico y de importancia á la vez, pues viene á sintetizar la excelencia del sistema adoptado por el Gobierno de la vecina República en las escuelas públicas del país basco del departamento de los Bajos Pirineos, al disponer sean graduales los ejercicios del euskaro al francés y vice versa, y no el anticientífico que impera en España y que solo sirve para que los niños no sepan el castellano ni el bascuence; diremos que el párroco Sr. Macazaga, se sirvió de los temas y ejercicios del bascuence al castellano y latín, y viceversa, para enseñar la lengua del Lacio al luego R. P. Lerchundi.

El joven Lerchundi fué desde su niñez jovial é inteligente, ágil y activo en extremo y gran jugador de pelota.

Tal era el cariño que le profesaba el venerable párroco Sr. Macazaga, que cuando éste solía tener que venir á San Sebastián, pasando por el alto de la sierra de Igueldo, le acompañaba en sus viajes, á pie, su predilecto monaguillo y discípulo querido.

Habiendo abrazado á edad madura la carrera eclesiástica D. José María de Lerchundi, y siendo destinado al pueblo de Asteasu después de ordenado, llevó en su compañía á su sobrino José, quien prosiguió con su allegado los estudios de latinidad y humanidades que ya llevaba bastante adelantados con el Sr. Macazaga.

En Asteasu se ejerció también en la música, tocando en un clavicordio del siglo XVIII, y tal era la afición que demostraba al divino arte, que D. José María de Lerchundi hizo que tomase lecciones de piano y órgano con el famoso maestro de capilla de la parroquia de Tolosa, D. Cándido Aguayo, persona que tanto renombre artístico dejó en Guipúzcoa.

Con este motivo, el joven Lerchundi solía ir á Tolosa dos veces por semana desde Asteasu.

Hemos oído asimismo, si bien esto no lo hemos podido comprobar documentalmente, que el P. Lerchundi recibió las órdenes menores en la iglesia de Asteasu, de manos del Sr. Obispo de Pamplona, Andriani.

Para proseguir sus estudios pasó al venerando convento de los franciscanos de N.^a S.^a de Aranzazu, en las abruptas montañas de Oñate, y allí, de tal modo se hizo notar por sus dotes musicales, que puede decirse fué el verdadero organista del monasterio.

Hacia los años de 1854-55 bajó al pueblo de Segura, con otros varios jóvenes, para terminar sus estudios con el virtuoso y dignísimo R. P. Elola, que á la sazón dirigía un colegio en dicho aristocrático y antiguo pueblo de la alta Guipúzcoa.

Entre otros discípulos del P. Elola, y compañeros de Lerchundi, que aún hoy viven, debemos citar al Excmo. é lltmo. Sr. Cos, Arzobispo de Madrid y al reputado escultor guipuzcoano y antiguo pensionado y Gran Medalla de oro en Roma, D. Marcial Aguirre, laureado autor de las estatuas de San Ignacio en Azpeitia, de Churruca en Motrico y de Oquendo en San Sebastián.

Con su tío, el presbítero D. José María, hizo un viaje á Roma.

El P. Lerchundi escribió siempre en bascuence á su tía, interesantísima correspondencia que ha durado hasta poco tiempo antes de morir él insigne franciscano. Hemos procurado ver de encontrar la carta donde, desde Segura, anunciaba sus deseos de ingresar en la Orden franciscana, pero no nos ha sido posible dar con tan tierno cuanto ya histórico documento; mas por los recuerdos de su familia, que de modo especial tiene grabada dicha carta, bien se ve que el P. Lerchundi era a la vez que una alma angelical, un corazón de artista y una cabeza de hombre superior.

* * *

Después de abrazar á su familia en Orio y á los franciscanos de Aranzazu, y obtenida la vènia de sus superiores, realizó su vocación, á los veinte años de edad, vistiendo el hábito del Angel de Asis el día 14 de Julio de 1856, festividad del Seráfico Doctor San Buenaventura, gloria de la Orden, en el Colegio de Misioneros franciscanos para Tierra Santa y Marruecos, de la villa de Priego, en la provincia de Cuenca.

Haremos notar la coincidencia de que el joven Lerchundi profesó el mismo día que se inauguró el colegio de Priego, y fué el primero de los cinco novicios de coro que en dicha fecha tomaron el santo hábito.

Allí hizo los estudios superiores de la carrera eclesiástica, y tanto por su incansable laboriosidad, como también á causa de la mala calidad de las aguas, y cambios atmosféricos, su salud se resintió de tal suerte que se puso gravísimo, por lo cual los superiores le ordenaron suspendiera sus trabajos y avisaron á la familia.

Presentóse en Priego su tío el citado presbítero D. José María, y con la vènia de los RR. PP. franciscanos acompañó á Panticosa al joven novicio.

Poco provecho hicieron á este dichas aguas pirenaicas, pues no padecía del pecho, sino de una debilidad general, producida por el estudio y el clima de Priego, razon por la cual, por orden facultativa, permaneció una temporada en un caserío del pintoresco alto de N.^a S.^a de Uba, situado sobre el apacible valle de Loyola en las cercanías de esta ciudad.

La vida de campo, de bosque, completamente alejado del trato social, le hizo mucho bien.

De Uba pasó á Orio, y cuando se creyó bastante restablecido, rogó á sus superiores le permitieran regresar a entre sus hermanos de Religión.

Concedida la vènia, marchó á Hellin, provincia de Murcia, para ver de atender al restablecimiento de su salud, pero habiendo tenido desgraciadamente una grave recaída y debilitándose cada día más y más, sus superiores lo destinaron, para ver si podía mejorar algo, á Marruecos, en 1860.

Pisó por primera vez el suelo de África el 19 de Enero de 1860, teniendo antes de desembarcar el último vómito de sangre.

La Divina Providencia, que todo lo rige y dispone, hizo que el R. P. Lerchundi, atendido con solícito cariño por sus hermanos en Religión, y alentado por la benignidad del clima, recobrará del todo su salud, lo cual fué verdaderamente milagroso, pues al pasar por Madrid, varias personas que lo vieron le daban pocos meses de vida.

Restablecido totalmente para poder entregarse á los trabajos apostólicos de la Orden, pidió y obtuvo permiso de sus superiores para dedicarse al cultivo detenido y profundo del árabe y sus principales

dialectos del Norte de África, estudios que prosiguió y practicó en Tetuán, donde fué por espacio de varios años Superior de la Casa Misión. La manera como dominó y profundizó el árabe, se palpa con solo recordar sus obras y trabajos filológicos, que le han colocado al nivel de los primeros arabistas y etnógrafos del siglo XIX.

De su primitiva estancia en Tánger, datan las íntimas y estrechas relaciones que conservó siempre con las familias consulares de Orfila y Barcáiztegui.

* * *

De tal manera se hizo notar el P. Lerchundi, tanto por sus trabajos lingüísticos como por su celo apostólico al frente de la Casa Misión de Tetuán, (cargo que desempeñó durante once años), que el M. R. P. López, Pro-Prefecto de las Misiones de Marruecos, varón venerable y de tan grato recuerdo para España en dicho imperio, nombró en 1863 al ilustre hijo de Orio, su Vice-Gerente.

A la muerte, acaecida en 1877, del R. P. Fray Miguel Cerezal, Prefecto Apostólico en Marruecos, recibió el R. P. Lerchundi, de la Sagrada Congregación de la Propaganda el nombramiento de Pro-Prefecto de las Misiones en el Magreb, nombramiento que dió lugar á un conflicto con el Gobierno español, y fecha desde la que pudo empezar á desplegar su gran papel de diplomático sin rival en África.

Con cuánta razón, refiriéndose á este importante periodo de su vida, dice lo que sigue la Revista titulada *El Eco Franciscano*, de Santiago:

«Entonces comenzó para él lo que podemos llamar la segunda etapa de su vida, en la cual mereció llamar la atención de la Europa entera, así por sus virtudes religiosas, que las circunstancias hacían resplandecer públicamente, como por su talento diplomático, no con la diplomacia rastrera y egoísta hoy desgraciadamente muy practicada, sino con la sincera y franca, á la vez que prudentísima, hija de un espíritu rectísimo, y poseído de un acendrado y sincero amor á la nación española.»

A causa del conflicto provocado por el entonces ministro de Estado, «de cuyo nombre—como ha dicho muy bien *El Heraldo de Madrid*—más vale no acordarse», el P. Lerchundi tuvo que embarcarse para España, trasladándose á Granada, donde en unión del celebrado

orientalista D. Francisco Simonet, se ocupó de una de sus más importantes obras, y de la cual haremos mención más adelante.

La familia del p. Lerchundi conserva también la carta del ilustre desterrado, escrita cual todas las suyas en bascuence, á su señora tía, D.^a Paula, y donde al decirle que se hallaba en Granada, como *semi confinado*, manifestaba no tuvieran cuidado alguno, pues se le guardaban todas las consideraciones debidas á su gerarquía episcopal.

Permaneció en España cerca de dos años, ocupando uno de ellos el puesto de Rector del importante Colegio de Misiones de Santiago de Galicia, cargo para el cual fué nombrado por el Capítulo de la Orden, celebrado en dicha ciudad, dando, cual siempre, pruebas inequívocas de talento, prudencia y capacidad asombrosa, pues al propio tiempo que dirigía dicha santa casa, se ocupaba, en colaboración de Simonet en su gran obra titulada *Crestomatía arábigo-española*.

Y como si todo esto no fuera bastante, se dedicaba también, por orden superior, al detenido examen y estudio del conflicto entre las cortes de Roma y Madrid á que había dado lugar su nombramiento de Prefecto Apostólico en Marruecos, pues el Rmo. P. Comisario general de la Orden, deseando impedir la repetición de competencias tan desagradables, encargó al benemérito africanista que estudiase bien dicho grave asunto, pendiente de resolución hacia ya diez y ocho años.

Tan perfectamente dominó el asunto, tan hábil fué en sus trabajos religioso-diplomaticos, que trasladándose luego a Madrid, y de acuerdo con el Nuncio de S. S. Monseñor Cattani propuso una fórmula de arreglo, la cual fué aceptada por ambas cortes, la del Vaticano y la de Madrid, quedando así zanjado definitivamente y para el porvenir el espinoso y difícil incidente, cuya favorable resolución fué debida en gran parte al tacto, habilidad y energía del P. Lerchundi, que supo hermanar los dictados de su conciencia y el prestigio de la Orden con el afecto a su patria.

Acto seguido de ser firmado el arreglo entre Madrid y Roma, hizo dimisión de su cargo de Superior de las Misiones en Marruecos, pero el Papa se negó á admitírsela, y más aún, no pudiendo ser vencidos los escrúpulos del benemérito fraile guipuzcoano, el prefecto de la Sagrada Congregación de la Propaganda le ordenó categóricamente, en 12 de Agosto de 1878, que regresara á Marruecos.

Pudo, pues, desde entonces dar mayor actividad á su propaganda

apostólica y española en el Magreb, y bien pronto se conoció su benéfica influencia.

* * *

Tanta y tan grande era la confianza que tenían depositada en él ambos gobiernos, así el español como el marroquí, que bien puede decirse fué el verdadero Embajador nuestro en dicho imperio. Para todo era consultado y siempre se le suplicaba acompañase á las embajadas españolas que iban á la corte del Sultán.

En 1882 estuvo en la corte jeriffiana con la embajada extraordinaria presidida por el Sr. D. José Diosdado, y poco después, accediendo á las súplicas del Emperador Muley Hassán, acompañó á Madrid, en calidad de intérprete—consejero, á los enviados marroquíes cerca de D. Alfonso XII.

Volvió nuevamente á Madrid en 1885 con otra embajada jeriffiana, y le teníamos oído cómo dió la casualidad de que á causa del fallecimiento del Rey, acaecido mientras se hallaban los diplomáticos africanos en la coronada villa, fuese dicha misión la primera que con solemnidad recibió S. M. la Reina Regente al empezar á dirigir los destinos de la nación.

En 1887 acompañó á la embajada española que marchó á Rabat á saludar al Emperador de Marruecos.

«Entonces (dice el Sr. Tolosa Latour en su hermoso artículo de *La Ilustración Española y Americana*), aprovechó una entrevista con el Sultán para explicarle la conveniencia de enviar al Papa una embajada con motivo de su jubileo sacerdotal. Prometiolo así el Emperador, conviniendo con el Padre en mantener secreta la noticia hasta el momento preciso. Cayó poco después enfermo de gravedad Muley Hassán, y era digno de oír al Padre relatar sus preocupaciones y temores, no solo entonces, sino más tarde. Cuatro meses después le escribía el Sultán, ya restablecido, recordando su oferta, la cual se realizó en todas sus partes, yendo de Embajador el Ministro de Negocios Extranjeros Sid Mahomed Torres, por enfermedad de Abdessadak, bajá de Tánger, designado por su señor para efectuar el viaje. Este acto causó profunda sorpresa en el mundo, conmovió á los diplomáticos y satisfizo mucho á Su Santidad. Buena prueba de ello es que, siete años después, al ir con la peregrinación obrera española á Roma varios re-

ligiosos, entre ellos el R. P. Paisal, Secretario del Prefecto, fueron recibidos por el Pontífice, que recordó con satisfacción la embajada, preguntando con interés por el P. Lerchundi y concediéndole una bendición especial.»

Cuanto acabamos de transcribir de la narración del señor Tolosa Latour, es exactísimo en todos sus puntos; varias veces hemos solido hablar con el P. Lerchundi de dicho extraordinario acontecimiento, que tan profunda admiración causó en el mundo entero, pues es suceso sin par en la historia moderna el que se vió en 25 de Febrero de 1888, en que aquel humilde religioso presentó al Jefe de la Cristiandad los Embajadores de un Sultán mahometano que rendían público y sincero homenaje al sucesor de San Pedro en la tierra.

Y al preguntarle cómo logró llevar á efecto un hecho tan extraordinario y trascendental, levantaba la vista al cielo, y bajando luego los ojos con singular expresión de modestia, cariño y legítima satisfacción por el honor tributado á S. S. León XIII, nos contestaba: *Oh! tantos y tantos medios tiene la Divina Providencia para llevar á cabo sus designios!*

El P. Lerchundi vivía sumamente reconocido á la eficaz protección y ayuda que le dispensó S. M. la Reina Regente; pues, si no por la augusta Señora, nos consta le hubiera sido difícil vencer los obstáculos que se presentaban para que el viaje se efectuara con todo el esplendor debido.

Sabido es que la embajada marroquí se embarcó en Tánger y marchó á Italia á bordo del crucero *Castilla* de la armada española, al mando del capitán de fragata Sr. Lizaga.

Y respecto á lo que afirma *El Eco Franciscano* sobre las manifestaciones de León XIII acerca del P. Lerchundi cuando la peregrinación obrera española, es igualmente exacto en todos sus detalles, pues por una feliz casualidad poseemos el telegrama que dirigió desde Roma el P. Paisal al Prefecto Apostólico en Marruecos.

Encargó Su Santidad al P. Paisal: «cuando llegues á Marruecos dí al P. Lerchundi que el Sumo Pontífice le concede una especial bendición», y acto seguido, dirigiéndose á los Prelados y demás circunstantes, refirió S. S. con manifiesta satisfacción algunos detalles de dicha embajada marroquí.

El telegrama, hoy ya documento histórico, dice así:

«The Eastern Telegraph Company, Limited. —N.º 624—37. Tanger Station.—18.—4—94.—Roma, 17.—Lerchundi maroc.—Tanger.—

Recibidos sacerdotes audiencia particular nosotros distinguidos entre todos Papa preguntó espontáneamente salud padre Lerchundi concedió bendición especial vuestra paternidad recuerdo ante obispos sacerdotes embajada marroquí.— PAISAL.»

* * *

Cuando los sucesos de Melilla, estaba nombrado el P. Lerchundi para acompañar al general Martínez Campos en su embajada cerca del Emperador, pero su mal estado de salud le impidió efectuarlo; mas en su lugar fueron otros tres frailes franciscanos, de quienes quedó sumamente reconocida toda la misión diplomática española.

No se crea que aquella enfermedad del P. Lerchundi fué un hábil pretexto para no acompañar á Martínez Campos, como lo dieron á entender algunos periódicos por entonces, pues recordamos perfectamente las cartas que á la sazón escribió á su familia, manifestando que se hallaba muy decaído y creía que le sería imposible efectuar el viaje. No obstante esto, en vista de las insistencias del Sr. Martínez Campos y del Gobierno español, el P. Lerchundi quiso hacer un esfuerzo supremo, como podríamos probarlo, pero le prohibieron terminantemente su marcha los médicos de Tánger.

Publicamos estos detalles íntimos para que se vea cuál fué siempre el temple del patriotismo que animaba á aquel buen español; y aquí terminamos la primera parte de esta necrología en que hemos considerado al P. Lerchundi bajo el doble aspecto de misionero y diplomático.

En el número próximo daremos fin á nuestro humilde trabajo, haciendo algunas consideraciones sobre el gran valer del finado como sabio orientalista y entusiasta músico, con una relación de las fundaciones llevadas á cabo por aquel hombre superior, funerales que se le han hecho, y acuerdos que para honrar su memoria ha tomado el I. Ayuntamiento de Orio.

PEDRO M. DE SORALUCE.

ANTONIO ARZÁC.

